Bruno Serrano
POESIA PRISIONERA
Ediciones Literatura Alternativa
Santiago de Chile, 1988.

Arinda Ojeda Aravena
MI REBELDIA ES VIVIR
Ediciones Letra Nueva
Concepción, 1988.

Poesía Prisionera y Mi rebeldía es vivir aparecen este año en nuestro medio como cartas de presentación de seis mujeres, y en el fondo de muchas más. Se trata de dos libros pequeños, sencillos de adentro y de afuera, desprotegidos casi en su emergencia, altamente necesarios hoy para no olvidar muchas cosas, las más humanas, que el trágago nos obliga.

Dos libros cuyo sello también es doble: pertenecen a la literatura femenina y a la "poesía carcelaria". De esta última noción surge, sobre todo, aquello que los singulariza, aquello hacia donde se desborda el mero tratamiento literario. Hablan desde un lugar en que a fuerza de límites las delimitaciones que funcionan en los espacios abiertos se pierden, dejan de tener el carácter soberbio de "instauratio magna"; desde un lugar en que el solo hecho de resistir, de seguir viviendo, es ya poesía por excelencia, y cada uno de los actos comunes o secretos en este sentido de suyo son poéticos. Por lo tanto, la publicación de sus poemas no hace sino confirmar esto, nada menos.

Un rasgo característico de la poesía carcelaria —y en general de toda creación allí— es su situación de producción, realizada siempre en condiciones difíciles que propician sistemáticamente el desaliento, que destruye cualquier intención o proyecto. El caso de ambos libros subraya lo contrario, el riesgo y la superación.

Por eso es que la poesía de estos textos empieza ya en la historia de cada cual por llegarnos a las manos.

Poesía Prisionera (Escritura de cinco mujeres encarceladas) es el resultado feliz de un trabajo de taller que el poeta Bruno Serrano llevara a cabo, en 1987, con prisioneras políticas. El taller se hizo en horas de visitas, inventando un tiempo para compartir y trabajar la escritura en medio de parientes, de amigos, bajo la mirada sorprendida de los gendarmes. Arduo esfuerzo para convencer en un principio a las autoridades, luego para atravesar la censura y a la vez conquistar los silencios negros que impone la autocensura; todo para redescubrir las penas y las alegrías de la palabra, para vivir la experiencia de sus posibilidades. De cierto la historia tiene más, pero basten para comprenderla estos datos.

El libro en cuestión viene con un prólogo emocionado del propio gestor del taller. Incluye en la portada y en el interior las fotografías de cada una de las escritoras, al pie de las cuales hay una breve autoidentificación, donde se mezclan antecedentes biográficos, orígenes y sentido de su quehacer con la poesía, y al frente una explicación sumaria de sus situaciones como detenidas.

Las antologadas son: Viviana Herrera (4 poemas), Sandra Trafilaf (6 poemas), Belinda Zubicueta (4 poemas), Ana Iris Varas (4 poemas) y Elizabeth Rendic (2 cuentos).

Sus textos poseen un aspecto testimonial de manera directa, en los que se entrecruzan diversas formas y entonaciones: la narración, la crónica, el diario de vida, el apunte de un pensamiento o un recuerdo, el epigrama, la canción popular, la letanía erótica.

Mi rebeldía es vivir, de Arinda Ojeda, prisionera política en la Cárcel de Coronel, es otro gesto poético bajo circunstancias análogas, producto de años de resistencia al silencio y a la desvinculación, un trabajo por mucho tiempo solitario y privado, que nos llega a modo de selección hecha por la propia autora y después de sus muchos temores literarios y de su rigurosa humildad al respecto, que gracias al apoyo de mucha gente se pudo publicar, como resultado de una necesidad colectiva de expresión que saltó muros para instalarse en el espacio público.

Este libro trae entre sus primeras páginas una hermosa fotografía de Arinda con dos palomas blancas, una de las cuales es su sonrisa; al frente aparecen sus datos biográficos y los de su condición de detenida. Estos últimos se dejan leer como si fueran materialmente barrotes, y superponiendo las páginas recuerdan cierto cuadro de Picasso. Posteriormente vienen unas líneas en que la escritora se presenta y anota lo que para ella significa su experiencia y su gesto: escribir y vivir son dos comportamientos inseparables, que se alimentan uno a otro, que se explican mutuamente, que se rebelan ante los signos y los años de su desaparecimiento. Y el libro se compone de 43 poemas, agrupados en tres partes: "Espacio de libertad", "Rebelde esperanza" y "Amor desencadenado".

Consignando algunas palabras de Arinda Ojeda: "vivir es sinónimo de amar y luchar" (p. 9) y "Mi lucha es por amor, / por eso he reconstruido mi cuerpo, / he juntado cada parte / y sigo amando la vida." (p. 43), podemos recoger aquí las venas fundamentales que recorren este libro, así como el anterior de esta reseña. La escritura de ambos nace desde dos ámbitos de la configuración del lenguaje, y de la lengua poética

preferida en América hace ya varias décadas —aunque claro está, es posible llevar el asunto más lejos, a la producción de otros países, otras épocas, incluso a lo central, conceptualmente, de la manifestación poética, pero donde conviene conservar las distancias históricas que les son propias para determinarlos—, lengua ésta que divide y simultáneamente comunica lo combativo y lo amoroso —por darle un tipo de formulación más o menos clarificadora. En tal modulación se ejercitan los poemas de estas mujeres, como dos modos de hablar de una misma experiencia de vida y de creer en ella.

Finalmente, es importante rescatar la noción de letanía erótica para estos libros —en el entendido completo del calificativo. En primer término, porque se trata del rasgo dominante en esta poesía, por sobre todo irrumpe sentida (llorada) y denunciada la precariedad amorosa, el aislamiento, la soledad, la ausencia diaria de lo más amado, de su cuerpo —sin el cual el propio se hace irreal—, de su amor entero y, en síntesis, de la libertad para amarse, a partir de la que se levantan las otras con otros nombres pero de idéntico lecho. Sólo un ejemplo entre muchos: "Hombre de primavera/ acúname en el oleaje de tus olores." (*Poesía*..., B. Zubicueta, p. 34). Y en segundo término, porque aquella noción los resume. Con su especial situación de creación, estos trabajos nos desvelan, provenientes de un espacio de reclusión, lo que son todos los libros, tal como lo expresa el filósofo del lenguaje Domingo Román: "los libros son la cárcel de las páginas, las páginas de las palabras y las palabras del sentido". Sin embargo, siempre hay una ventana —aquí los ojos del lector— y más allá parajes o calles... Decíamos los resume, ya que en el espacio de sus vidas y en el de sus escrituras nos ofrecen a la memoria esta oración amorosa, como principio de todo bien.

Elena Aguila
Luis Correa Díaz